

33. Ten fe en Dios

E. J. Waggoner

Estas palabras fueron dichas por nuestro Salvador a Sus discípulos cuando expresaron su asombro por el repentino marchitamiento de la higuera estéril. (Marcos 11:22) No son menos aplicables a cada uno de nosotros hoy que lo que fueron a las pequeñas compañías que siguieron a Jesús en Sus caminos por Judea. Son las palabras de vida eterna para el pecador que se sienta en la oscuridad y la sombra de la muerte. Son la suma de todo lo que Dios, por las diversas maneras en que se comunica con el hombre, habla al alma humana.

¿Tienes fe en Dios? ¿Sabes que la tienes? ¿Estás seguro de que sabes lo que es la fe? Los discípulos pensaron que tenían fe, pero en el momento de la prueba y la tribulación fueron hallados faltos. La fe soporta toda prueba; pero aquello que no es fe, no resiste la prueba. Si tienes fe, permanecerás incombustible ante las tormentas y tentaciones de esta vida mortal; pero si aquello que crees que es fe es solo una imitación de la fe, cuando la tormenta azote con fuerza tu casa será derribada. Es de suma importancia saber ahora si tu casa está edificada sobre la arena o sobre la roca sólida.

La roca sólida es la palabra de Dios; y no existe tal cosa como la fe sin esta palabra. La roca es Cristo, y Cristo es la Palabra. (Juan 1:1, 14) Puede que esa palabra no te parezca sólida; sin embargo, lo es. No estamos acostumbrados a pensar en las palabras como algo sustancial como las rocas, pero esto es cierto para la palabra del Señor. Esa palabra es tan sustancial como Dios mismo. Y mientras la tierra y las cosas terrenales pasarán y dejarán de ser, la palabra del Señor permanecerá tan firme como el trono eterno. Por esa palabra llegaron a existir, y por esa palabra serán disueltas y desaparecerán.

La fe se compone de dos elementos: la creencia y la palabra de Dios. La fe falsa solo tiene uno de estos elementos; siempre le falta la palabra. Descansa sobre otra cosa —algún sentimiento, o impresión, o esperanza, o deseo, o proceso de razonamiento, o sobre la palabra de algún hombre. La fe acepta la palabra de Dios, sin importar cómo se lea, sin cuestionar. La fe fingida a menudo se ve obligada a desvirtuar la palabra. La fe genuina *obra por el amor*. La fe fingida o no obra en absoluto, o lo hace por algún motivo que tiene su raíz en el yo. Lo que

es el amor, se nos dice en el capítulo trece de 1 Corintios. Teniendo estos hechos en cuenta, resulta fácil determinar si tienes fe en Dios o no.

El Salvador dijo que el que tuviera fe pidiera lo que quisiera a Dios, y le sería dado. El que tiene fe, pedirá según la voluntad de Dios, y Dios siempre escuchará tal petición y la responderá; porque la fe siempre descansa sobre la palabra de Dios, que es la expresión de Su voluntad. Y el que pide con fe, creerá que recibe las cosas que pidió, basando su creencia en la promesa de Dios. No solo cree que las tiene, sino que las tiene, real y literalmente. Así que marca toda la diferencia en el mundo para un individuo, en el sentido más verdadero, si tiene fe o no. Es solo la ceguera y la perversidad de la mente natural lo que hace que una persona, que admite y conoce los beneficios sustanciales que provienen de la fe en el hombre, piense que no hay nada sustancial que derivar de la fe en Dios.

PT, 8 de marzo de 1894